Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

NUESTRO ULTIMO DESTINO

Obstáculos para lograrlo las tentaciones y el pecado

El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen son los que lo arrebatan (Mt. 11,12)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN: 84-7770-492-9
D.L. Gr. 353-00
Impreso en Azahara
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

Amigo lector:

En este pequeño libro trato de demostrar que tenemos un futuro destino, por cuanto, según la revelación divina, *"no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna"* (Heb. 13,14).

La vida humana es algo transitorio y el destino final del hombre está en el más allá, y por lo mismo nos interesa saber qué obstáculos se nos oponen para lograrlo, y estos son las tentaciones y el pecado, o sea, el incumplimiento de los mandamientos de Dios, que es lo que se opone a lo que nos dicta su voluntad.

Tenemos que darnos cuenta que nosotros vivimos para cumplir la voluntad de Dios, y saber cómo la conoceremos, qué deberes nos impone y si hacemos cuanto está a nuestro alcance para cumplirla, y finalmente nuestro deber está en aceptarla con obediente resignación en medio de los sufrimientos o enfermedades que pudieran sobrevenirnos.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 1 Enero de 1.999

EL DESTINO FUTURO DEL HOMBRE

La vida humana es algo transitorio, pues todos nos vamos muriendo, todos somos mortales. El Concilio Vaticano II nos dice: "El máximo enigma de la vida humana es la muerte" (GS.18), pero no todo termina con la muerte. El destino último del hombre está en el más allá.

Nadie puede dudar que la vida presente es muy breve. El Antiguo Testamento compara la existencia humana a la sombra que pasa, a la nave que corta las olas y al ave que corta los aires, sin que se encuentre señal de su paso, a la flecha disparada, que aunque hienda el aire, luego éste vuelve a cerrarse y no se conoce por donde pasó... (San. 5,9 ss). Así somos también nosotros tan pronto nacidos como muertos (Sab. 5,13). Pronto desapareceremos de la escena de este mundo.

En el Nuevo Testamento nos dice el apóstol Pedro que *"somos forasteros y peregrinos sobre la tierra"* (1 Ped. 2,11). *Y como dice San Agustín: "El verdadero cristiano sabe que aun en su casa y en su patria vive como extranjero"* (Serm. 111,2). Estamos, pues, de paso en este mundo.

Jesucristo aplica a la vida humana la imagen de

andar por un camino. *"Trabajoso es el camino que lleva a la vida (eterna), el camino ancho lleva a la perdición"* (Mt. 7, 13-14).

"Nuestra ciudadanía, dice San Pablo, *está en el cielo"* (Fil. 3,20). Existe, pues, otra vida después de ésta, de la cual nos habla Jesucristo con cierta frecuencia. *"El que cree tiene vida eterna"* (Jn. 6,47), y al joven que le preguntó: *¿Qué tengo yo que hacer para lograr la vida eterna?, le contestó: Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17), y al hablar de la promesa eucarística, dijo: *"El que come de este pan vivirá eternamente y yo le resucitaré en el último día"* (Jn. 6,54).

En la otra vida *"veremos a Dios tal cual es"* (1 Jn. 3,2). También nos dice Jesucristo hablando del juicio final: *"estos (los ímpios) irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna"* (Mt. 25,41). Hay, pues, otra vida después de ésta en la que tenemos nuestro destino final. Veamos ahora qué obstáculos hallamos en la consecución de nuestro último destino.

Las tentaciones

¿Qué es la tentación? Es una inclinación, un estímulo o solicitación para cometer algún peca-

do... Por ejemplo, si nos asalta la idea de apropiarnos de un bien ajeno o ponemos la mano en él. Es una tentación.

La tentación no es pecado; de lo contrario, Jesucristo no hubiera sido tentado. Lo que es pecado es consentir en ella, porque es adhesión al mal.

San Francisco de Sales dice: "Aunque la tentación nos durase toda la vida, no seríamos odiosos a su Divina Majestad con tal de que no nos hayamos complacido en ella y no hayamos consentido; la razón es porque en la tentación no actuamos, sino que sufrimos y, como no experimentamos placer alguno, no podemos ser reos de culpa...".

Conviene esforzarse... en medio de las tentaciones y no darse uno jamás por vencido, teniendo muy presente la notable diferencia que existe entre sentir y consentir; podemos sentirlas aunque nos desagraden, mas no se puede consentir sin que nos agraden, pues el placer es el camino para llegar al consentimiento.

¿De quién proviene la tentación?

¿Quien nos tienta?. Dios a nadie tienta, sólo permite la tentación. El apóstol Santiago dice: *"Ninguno cuando es tentado, diga: Soy tentado por Dios, porque Dios no puede ser tentado por el*

mal, ni Él tienta a nadie, pues cada uno es tentado por su propia concupiscencia que le atrae y seduce..." (1, 13-14). Y *"no digas: Mi pecado viene de Dios, pues Él no hace lo que detesta"* (Eclo. 15,11).

Dios, pues, no nos tienta. Lo que puede hacer es someternos a una prueba, probar nuestra fidelidad y ver si le amamos o no, como leemos en el Deuteronomio: *"El Señor Dios vuestro os prueba para que se haga patente si le amáis o no"* (13,3). Veamos algunos ejemplos:

1) Dios tentó a Job, es decir, permitió al diablo que lo tentase para poner de manifiesto su virtud, y así, después de pasar por varias pruebas, quedar sin bienes y sin hijos, dijo resignado: *"Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá. Dios me lo dio, Dios me lo quitó, ¡Bendito sea el nombre de Yahvé!"* (1,21).

2) Dios probó también a Abraham con la tentación, cuando más rico y favorecido estaba, mandándole sacrificar a su hijo Isaac (Gén. 22).

3) A los hebreos en el desierto *"porque te prueba Yahvé, tu Dios para saber si amás a Yahvé, vuestro Dios, con todo vuestro corazón...* (Dt. 13).

4) A Tobías, lo probó, privándole de la vista. *"Mas el Señor permitió que le sobreviniese esta prueba, con el fin de dar a los venideros un ejem-*

plo de paciencia semejante al del santo Job" (2,12).

Y Dios también puede tentar a los pecadores endurecidos, no impulsándolos al pecado, sino abandonándolos a sí mismos, retirándoles por secreto, y justo juicio, ciertas gracias, ciertos auxilios, de los que se han hecho indignos, sin los cuales no pueden dejar de pecar. El faraón, pues, abusando de su libertad (pues Dios nos la da a todos para hacer el bien), se obstinó y mereció que Dios lo castigase con el endurecimiento, y así resaltó su poder y además su misericordia con Israel.

Ejemplos semejantes tenemos vg. en Isaías cuando cegó Dios el espíritu del pueblo judío (6,10), y en la carta de San Pablo a los Romanos, cuando entregó a los antiguos filósofos a pasiones vergonzosas, y a sentido reprobado (Rom. 1,26)...

La carne, el mundo y el demonio

Estos son los tres agentes de la tentación y también los satélites de Satanás. Todos ellos nos inducen al mal.

1) *La carne:* es decir, nuestras propias codicias, nuestra concupiscencia, esa inclinación innata que nos lleva al mal, ¿Quién no siente en sus miembros lo que San Pablo sentía en los suyos, una ley que combate contra la ley del espíritu, una ley que nos

somete a servidumbre del pecado? ¿Quien no conoce por funesta experiencia, los efectos del orgullo, de la envidia, de la ira, de la sensualidad?. Con San Pablo diremos: *"¿Quién me librará de este cuerpo de muerte, o mortal concupiscencia?"* (Rom. 7,24). *La gracia de Dios. "Gracias sean dadas a Dios por nuestro Señor Jesucristo"* (Rom. 7,25).

2) *El mundo.* Aquí entendemos por mundo no el universo creado (cielos y tierra), ni a los hombres a los que Dios ama (Jn. 3,18), sino a los hombres malos y perversersos, que inducen al mal con sus escándalos y malos ejemplos y de los cuales Satanás es el príncipe (Jn. 12,31). Y mundo son también las cosas que hay en la tierra: el dinero, el honor, la diversión, etc. Entendido así el mundo, el cristiano debe vivir en el mundo sin ser del mundo, y despreciar todo lo que contradice al Evangelio y las cosas que arrastran al pecado, hay que saber *supervalorarlas...*

Los amantes del mundo son ciegos e insensatos, prefieren lo transitorio a lo estable, lo mortal a lo eterno, la tierra al cielo.

3) *El demonio.* Ser inteligente, es un ángel que pecó y fue condenado para siempre. Los demonios, seres perversos por envidia tientan a los hombres, sugeriéndoles malos pensamientos y

tentándoles por medio del mundo y de la carne... Son príncipes de la maldad con gran poder del que se sirven para el mal.

En la Escritura santa leemos: *"Revestíos de la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo; que no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos que andan por los aires"* (Ef. 6, 11-12). Y San Pedro compara al demonio a un león enfurecido que anda dando vueltas en torno nuestro deseando devorarnos (1 Ped. 5,8).

Estemos sobre aviso, y no temamos al demonio, pues como un perro atado por una cadena; no morderá, no te vencerá si no te acercas a él. En la tentación haz la señal de la cruz y lo harás huir de ti.

Las tentaciones no nos han de faltar, las tuvieron y muy fuertes santos como San Jerónimo en la gruta de Belén, San Antonio Abad en el desierto y otros grandes santos, por eso hemos de recurrir a Dios y le pidamos en nuestras oración nos auxilie con su gracia, pues, como nos dice Jesucristo: *"Sin Mi no podéis hacer nada"* (Jn. 15,5). Por eso hemos de orar y evitar toda ocasión de pecado, pues muchos que parecían fuertes como columnas del templo cayeron...

La tentación, si nos actuamos en la presencia de Dios, siempre nos será buena, porque nos hace fijar en nuestro poco valer y nos hace apoyar más en Dios. Además la tentación nos fortalece, nos acostumbra a la lucha, nos ilustra, nos hace hombres experimentados, prudentes y aptos para gobernarnos y saber gobernar a los demás.

En el sagrado libro del Eclesiástico se nos dice: *"El que no es tentado ¿qué es lo que sabe?* (34,9). El que no ha sido tentado, no sabe nada. El que sabe resistir al demonio de la impureza, terminará sacando una gran tranquilidad de espíritu. A este fin oremos, vigilemos. Como nos dice el apóstol: *"Resistir al diablo y huirá de vosotros"* (Sant. 4,7).

"Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque después que fuere probado, recibirá la corona de la vida que ha prometido Dios a los que le aman" (Sant. 1,12).

El pecado y los castigos de Dios

Conviene que nos demos cuenta de la malicia del pecado por los castigos que recaen sobre los pecadores. En casi todas las páginas de la Biblia se nos habla del pecado y de los castigos motivados por los que lo cometen. Empecemos por remontarnos a los primeros días de la creación.

- *Pecado de Adán y Eva.* Su pecado fue de desobediencia con raiz en la soberbia, y por él fueron expulsados del paraíso y el mundo convertido en un valle de lágrimas, y sus hijos quedaron sujetos al trabajo penoso, al dolor y a la muerte (Gén. 3,17 ss).

- *Pecado de homicidio.* Caín mata a su hermano Abel, y por tal pecado le tocó andar errante sobre la tierra (Gén. 4,8 ss).

- *Pecado universal de corrupción e iniquidades*, por el que Dios mandó el diluvio universal y perecieron todos los hombres con excepción de Noé y su familia con el que Dios quiso formar un nuevo pueblo.

-*Pecados de lujuria e impurezas,* que clamaban venganza al cielo, y por ellos Dios mandó un diluvio de fuego y azufre en el que quedaron anegadas las ciudades de Sodoma y Gomorra... (Gén. 18 y 19).

-*Pecados de todas las clases,* de los que nos hablan los profetas, y por no citar lo dicho por todos ellos, sólo mencionaré las palabras del profetas Oseas, quien dijo de su tiempo: *"Perjuran, matan, asesinan, roban, adulteran, hacen violencia, un homicidio sigue a otro, etc."*... y por tantos pecados sufrieron muchos castigos y el destierro....

El pecado mortal es la completa degradación del hombre, su soberana miseria y su mal supremo.

Todo pecado, como dice San Agustín, es un desorden y todo desorden debe ser castigado... Y el autor del pecado es el mismo que lo cometen, y como los hombres y los pueblos lo cometen, por eso Dios castiga a veces no sólo a los individuos, sino a los pueblos...

Sabido es que el pecado es la transgresión de la ley de Dios, o sea, el incumplimiento de los mandamientos de Dios, y los pueblos al olvidarse de Dios no pueden gozar de bienestar y felicidad, y por eso Dios dijo a los israelitas por medio de Moisés: *"¡Ojalá cumplieseis mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos!"* (Dt. 5,29). Y dada la malicia del pecado, el Espíritu Santo nos dice: *"¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas, te morderá"* (Eclo. 21, 2-4).

El fin de nuestra vida es hacer la voluntad de Dios

La voluntad de Dios se nos manifiesta a través de sus mandamientos, pues Él nos dice: *"Si me amáis, guardaréis mis mandamientos"* (Jn. 14,15), pues *"no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en el cielo"* (Mt. 7,21).

"Hágase tu voluntad". Si realizásemos de veras esta frase del Padrenuestro y cumpliésemos en todos los puntos la voluntad del Señor, el mundo sería un paraiso, pues en este caso, no habría ya odio ni enemistad en la tierra; no habría robos, asesinatos, ni guerras, porque todas estas cosas... ¡no son la voluntad de Dios!.

Si Dios ordena que se haga una cosa, es querer manifiestamente que se haga, y ¿qué nos ordena Dios?. Que guardemos el día que se reservó, por esta razón llamado *"el día del Señor"* y asistamos a Santo Sacrificio de la Misa, es decir, en los domingos y días festivos; que honremos a nuestros padres y a los que tienen autoridad sobre nosotros; que, por lo menos una vez al año, confesemos todos nuestros pecados con sinceridad y arrepentimiento, y recibamos con respeto al santísimo Cuerpo de nuestro Jesucristo...

También nos dice Dios: *"No blasfemarás, no robarás, no cometerás adulterio. no matarás, no levantarás falsos testimonios, no codiciarás la mujer de tu prójimo...*

En fin, Dios no quiere el pecado, ni lo hace, ni lo puede hacer porque es la suma santidad; pero deja hacerlo. Deja que el impío profiera blasfemias, que el calumniador arruine la reputación del prójimo, que los malvados roben y asesinen... Sin

duda que Dios podía cerrar la boca al blasfemo, paralizar su brazo... y ¿por qué lo permite? Porque les ha dado libertad, y nos la da a todos para hacer el bien, y a los que hacen el mal ya les pedirá cuenta y sufrirán su castigo... y a veces tolera a tantos pecadores, porque movido de su infinita misericordia, hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia.

Nosotros existimos para cumplir la voluntad de Dios

No hay duda que el universo entero, así como nosotros, existimos para cumplir la voluntad de Dios. Los cielos y la tierra cumplen la voluntad de Dios aunque inconscientemente, sin darse cuenta, obligados por las leyes ferreas de la naturaleza, y así vemos que todos los cuerpos celestes se mueven con arreglo a leyes fijas y las observan con tal exactitud, que con muchos años de anticipación se pueden predecir los eclipses y otros fenómenos celestes. Todos, pues, cumplen la voluntad de Dios.

Esto nos recuerda al Dr. Arago, astrónomo de fama mundial, quien dio una conferencia en el collège de France acerca de las leyes de la astronomía, y dijo:

"La semana próxima habrá un eclipse solar. La luna entra en conjunción con el sol e impide que llegue a la tierra la luz solar. Por lo tanto, tal día, a tal hora, a tal minuto, a tal segundo, tres grandes cuerpos siderales obedecerán no a nuestros propósitos, sino al mandato de Dios. Los hombres son los únicos que no le obedecen".

Nuestro deber es cumplir la voluntad de Dios conforme a lo que nos dice el Padrenuestro, que "se cumpla la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo". Nosotros, ciertamente, no podemos cumplir tan puntual y fielmente la voluntad de Dios como la cumplen los ángeles y santos en el cielo, porque ellos están confirmados en el bien y al contemplar a Dios en su esencia, ya no pueden hacer nada que se oponga a su voluntad santísima; mas nosotros, por tenerla que cumplir en medio de recias dificultades, tentaciones, desalientos y un ambiente de malos ejemplos, nos es costoso; pero ahí está el mérito, y por eso debemos pedir al Señor su auxilio y su gracia para cumplirla fielmente, pues en esto consiste la santidad...

¿Cómo conoceremos la voluntad de Dios?

La conoceremos por la conciencia que es la voz de Dios en nosotros, la que nos acusa o desaprue-

ba nuestras obras si son malas, y nos las aprueba si son buenas.

Y ¿donde más encontraremos la voluntad de Dios?. En los diez mandamientos. *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17). *"Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ese es el que me ama"* (Jn. 14,24).

Diariamente rezamos *"Hágase tu voluntad"*; pero no olvidemos que cada uno de los Mandamientos es la voluntad de Dios; que en cada uno de los diez mandamientos está la palabra y la autoridad de Dios.

No tenemos que esperar una revelación especial de Dios, porque su voluntad se manifiesta en sus mandamientos, en las leyes de su Iglesia y en los deberes que te imponen tu estado y tu oficio.

No faltan quienes rezan a diario en el Padrenuestro: *"Hágase tu voluntad"* y en fondo de su alma desean "Hágase mi voluntad"... Pensemos que la voluntad de Dios ha de ser siempre también la nuestra, y así nada nos sucederá que nos abata, porque si nosotros queremos lo que quiere el Señor, siempre estarán satisfechos nuestros anhelos. La cruz será pesada únicamente si nuestra voluntad difiere de la de Dios.

¿Qué hacer para que triunfe en nosotros la voluntad de Dios?

Lo que tenemos que hacer es ejercitarnos en la abnegación, en hacer esfuerzos por adelantar en la virtud no apartándonos del querer de Dios, y a este fin luchar por lograr el vencimiento de las pasiones, y como nada es malo, sino el pecado, tenemos que vivir alerta y hacerlo posible por apartarnos de cuanto conduce a él y ante todo luchar por lograr la vida eterna que es la que Dios nos destina.

Monseñor Tihamer Toth dice: "No nos descuidemos, pues, de entrenarnos por amor a la vida eterna, por amor al Reino de Dios. Al vigilar tus ojos, tu lengua, tus oídos para no mirar, ni hablar, ni oir nada que ofenda a la pureza de tu alma..., estás entrenándote no por un segundo, sino por la vida eterna".

"Cuando te sientes tan a gusto en la cama una mañana de domingo y oyes la voz de la campana, que te invita a misa; cuando quisieras hartarte, pero, estando en cuaresma, debes ayunar...; en esos trances y otros parecidos, si te vences, te estás entrenando no por amor a un segundo, sino por la vida eterna".

"Cuando has de tener a raya los deseos car-

nales, que te espolean hacia el pecado, y consagras todos tus esfuerzos a perseverar en la ley de Dios..., te estás entrenando no por un segundo, sino por la vida eterna.

Para lograr la vida eterna tenemos que ir por el camino de los vencimientos y del sacrificio. No faltan quienes digan: Yo quiero ser santo. "Dices que quieres ser santo y perfecto. Esto no es decir nada, porque eso lo quiere todo el mundo. Todos quisieran ser buenos si no costara nada. Lo que importa es saber si estás dispuesto a todos los sacrificios y a poner todos los medios para adquirir la perfección y la santidad y practicar todas las virtudes. Sin esto no hay virtud ni santidad posible.

La condición que Dios nos puso para alcanzar los bienes del cielo es la mortificación. Por eso hay tan pocos santos y virtuosos en verdad. Hay que convencerse de una vez para siempre que sin mortificación ni vencimiento propio no hay virtud ni perfección posible; todo lo demás es pura ilusión y engaño. Hasta hoy nadie en el mundo ha descubierto otro camino para ir al cielo que el de la cruz y seguimiento de Cristo. *"El reino de los cielos padece violencia, y los violentos, los que se vencen a sí mismos lo arrebatan"* (Mt. 11,12)....(P. Osende OP).

Al cielo, pues, iremos por el camino de los vencimientos y del sufrimiento, y como dicen los ascetas: "La cruz es la puerta del cielo"

¿Cómo acatar la voluntad de Dios?

Sabido es que no nos han de faltar cruces en esta vida, pues todos llevan la suya. En unos será la falta de empleo, de pan y de lo más necesario; en otros será la cruz de la enfermedad y del dolor. ¿Cómo acatar en estos casos la voluntad de Dios? Ante todo debemos aceptarla con obediente resignación, pues es necesario reconocer que Dios no quería el dolor ni la enfermedad ni la muerte.... y fuimos nosotros los que quisimos estos males. Dios no creó el mundo para que fuese un "valle de lágrimas", como lo es ahora en realidad. Lo que hay de sufrimiento en el mundo es obra nuestra, es el resultado de nuestros pecados.

Del primer pecado se nos dice: *"Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte"* (Rom. 5,12)., y también ahora por nuestros pecados personales nos toca sufrir a todos... y por ellos nos acechan tribulaciones y dolor a cada paso.

Los sufrimientos, las cruces y las pruebas no deben atribuirse al demonio ni a la carne, ni a un

enemigo cualquiera, sino a Dios; pues desde toda la eternidad, Dios las ha previsto, preparando a cada cual las suyas, a fin de que por medio de ellas todos nos asimilemos a Jesucristo, que sufrió, murió y resucitó.

A Dios atribuye el salmista todas las cruces: *"No habéis probado, experimentado, Señor; nos habéis acrisolado al fuego, como se acrisola la plata"* (76,10). *"Dios me ha dado bienes, dice Job, y Él me los ha quitado; ha sucedido lo que Dios ha dispuesto, ¡bendito sea el nombre del Señor!* (1,21).

Las almas que aspiran a la santidad tienen que pasar por muchas cruces y pruebas. San Agustín nos da esta lección: "La uva cuelga de la vid, y la aceituna del olivo. Generalmente estos dos frutos están destinados al lagar. En tanto que están unidos al árbol, estos frutos gozan del aire libre; pero ni la uva se transforma en vino, ni el olivo en aceite sino por la acción del lagar. Así son los hombres que Dios ha predestinado antes de todos los siglos para ser perfectamente semejantes a su Hijo único, que sobre todo en su pasión se ha visto sujeto a la presión del lagar.

Antes de llegar a ser esclavos de Dios, los hombres gozan en el siglo de una especie de

deliciosa libertad, son como las uvas y las aceitunas en el árbol. Pero, ya que está escrito: "Hijo, cuando te consagres al servicio de Dios, vive en la justicia y en el temor, y prepara tu alma a la tentación", es preciso que el que quiere servir a Dios sepa que se presenta al lagar. Allí será quebrantado, aplastado, prensado, no para que perezca en la tierra, sino para que se convierta en vino exquisito y aceite dulcísimo, destinado a la bodega de Dios. Queda despojado de los deseos carnales, como el jugo de la uva lo queda de la raspa y hojuela. Pero esto dice el apóstol: *"Despojaos del hombre viejo, y revestíos del nuevo.* Tal transformación sólo puede verificarse en el lagar (In. Ps. 84).

Como Dios nos quiere probar en este vida para ver si perseveramos en el bien comenzado, no tenemos que desanimarnos y aceptar las cruces que le plazca enviarnos, y decirle: *"hágase tu voluntad"*, mas no se hará la voluntad de Dios si nosotros no la cumplimos. Y *"la voluntad de Dios es: vuestra santificación"* (1 Tes. 4,3).

En algunos trances nos será dificil *sufrir* con paciencia la voluntad de Dios; pero nuestro mérito y nuestra santificación está en sufrirla con paciencia, con ecuanimidad y hasta con alegría positiva. Los sufrimientos, soportados

según la voluntad de Dios, vienen a ser otros tantos peldaños para subir al cielo, pues *"por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos"* (Hech. 14,21).

Aceptemos, pues, con la debida resignación y la alegría posible toda clase de tribulaciones, ya que nos está revelado que *"asi como el horno prueba los vasos del alfarero, así a los hombres justos los prueba la tribulación"* (Eclo. 27,6) y al cielo hemos de ir por el camino de los sufrimientos.

DIVERSOS EJEMPLOS

1

Oi una vez que dos niños ayudaban a su padre a transportar leña. Uno de ellos abrió sus débiles brazos y su padre los fue cargando de leña para que la transportase a casa. Su hermano le miraba,y cuando le pareció bastante el peso, le dijo: Basta, hermanito, ¡no puedes llevar tanto peso! El pequeño le respondió con una sonrisa: Bien sabe mi padre lo que puedo yo llevar, déjale que me cargue!.

Dios también nos prueba con tentaciones que podemos soportarlas. *"Dios es fiel y no permite seamos tentados sobre nuestras fuerzas; antes*

dispondrá con la tentación al éxito, para que podráis resistirlas" (1 Cor. 10,13).

2

Quejábase un joven al abad Teodosio que después de ocho años de lucha, no había logrado refrenar sus pasiones. "¿Ocho años de lucha?, le contestó el abad. Sesenta llevo ya luchando contra ellas en el desierto, y no he tenido todavía un día libre de sus asaltos".

Nuestra naturaleza está inclinada al mal y las tentaciones no nos han de faltar durante toda nuestra vida, y por eso hay que vivir siempre alerta y rezar, es decir pedir auxilio al Señor y decirle: *"No nos dejes caer en la tentación"*

3

Después de la muerte de un religioso, San Gerardo Mayella tuvo una visión que comunicó a sus hermanos: "Es un gran santo -dijo- y ocupa un lugar eminente en el cielo porque logró vencer muchas tentaciones".

¿Lo has oido? ¡"Porque tuvo muchas tentaciones"! ¡Ah, en lugar de quejarnos, bendigamos a Dios por las nuestras!

4

El conocido episodio de José, el hijo de Jacob, (Gén. 39,720), nos pone de manifiesto cómo hemos de apartar las tentaciones.

José no discutió con la mujer de Putifar, que le incitaba al pecado y le cogía por el manto, sino que "huyó y salió de la casa".

5

En Praga (Bohemia), la mañana de una fiesta se encaminaba a la iglesia un jovencito que quería confesarse y recibir la sagrada Comunión. Por el camino encontró a unos compañeros que no eran buenos, los cuales le ofrecieron dulces y le invitaron a ir con ellos. Al principio el muchacho se excusó y no quiso gustar de los dulces para estar en ayunas y poder comulgar. Pero después, para no sentar plaza de beato, cedió a la tentación y se dejó convencer por aquellos malos compañeros.

¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Poco después, excitados aquellos rapaces por las copas de licor bebidas, tramaron un altercado con otros compañeros de la misma ralea, y en la reyerta nuestro joven cayó herido mortalmente. Llevado a una casa cercada, murió sin haber dado señal

alguna de arrepentimiento. He aquí el desastre que ocasionó una ocasión no evitada.

6

Furiosa tentación se había desencadenado en el corazón de Santa Catalina de Siena. Y cuando, después de la borrasca, se quejaba la santa, diciendo: "¿Dónde estabas Señor, cuando se agitaba mi espíritu en medio de tantas tentaciones?". Dios le contestó: "En medio de tu corazón, yo estaba complaciéndome en tu resistencia y sosteniéndote en el combate".

Como nos dice San Pablo: *"Dios no permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas,y dispone con la tentación el éxito, para que podamos resistirla"* (1 Cor. 10,13).

7

Santa Catalina de Génova preguntó una vez a su director espiritual en qué debía reparar más cuando oraba o leía. El sacerdote le respondió: "Hija mía, en tus oraciones medita siempre las palabras: *"Hágase tu voluntad"*. Y al leer la Sagrada Escritura detente en la palabra *"amor"* siempre que salga. Pues sábete que esta palabrita es la más excelsa y la más rica en sentido de toda la sagrada Escritura.

Toda perfección no consiste más que en el cumplimiento de la voluntad divina y en la caridad. Con estas dos virtudes podrás caminar segura, y nunca te extraviarás del camino del cielo, sin que necesites otra luz u otra guía.

8

Beethoven no podía menos de estar apesadumbrado por su sordera. No obstante, doce días antes de morir se expresó de esta manera en una carta: Triste ha sido mi suerte. Pero yo pido a Dios que me proteja contra el vicio, y soportaré mi horrible desgracia perfectamente sumiso a la voluntad divina. ¡Dichoso el que sabe conformarse con la voluntad de Dios en todas sus tribulaciones y desdichas, pues El sabe el por qué nos toca sufrir!

9

Era tanta la admiración que España entera sentía por *San Salvador de Horta* que un día cierto señor, temiendo que el ánimo del Taumaturgo se enorgulleciese, pues hacía muchos milagros sólo con la señal de la cruz, parándole en medio del camino, le advirtió: "Atento Salvador, guárdate de la vanagloria y que no te envanezcan los aplausos, de otra suerte, llevaría razón el diablo".

El siervo de Dios le respondió humildísimamente: "Bendígate el Señor que te crió. Pero has de saber que soy como el saco de paja que tan honrado se siente cuando le colocan en el lugar más elevado de la casa, como cuando lo esparcen por el establo".

10

De uno de aquellos Padres del Yermo me acuerdo haber oído decir a mi maestro, que codicioso de saber a que grado de perfección había llegado en muchos años que tenía de soledad, y qué hombre habría que se le pareciese en el aprovechamiento espiritual, oyó una voz que le dijo: "Sal de tu celda y mira bien la persona que primero te ocurriere, que esa corre parejas contigo en la virtud".

Salió el solitario al camino, y levantándose una gran tempestad de aire, agua y granizo, se arrimó a un árbol, y estando allí, pasó un mozuelo desarrapado, cuyo oficio era vender melcochas, y venía tan contento y lleno de alegría, aunque el día era tan trabajoso, que puso en admiración al solitario y le preguntó que cómo venía así de alegre en tiempo tan riguroso. A lo cual respondió el melcocheruelo, que no tenía razón para hacer otra cosa, porque nuestro Señor

hacía su santa voluntad, lo cual él tan solamente buscaba en todas las cosas.

Y añadió, que con ningún suceso se turbaba ni entristecía: "Si llueve, me alegro; si hace sol también: si me viene adversidades no quepo de gozo, y si corre bonanza doy gracias a mi Señor, porque conozco que se hace en todo su voluntad". Quedó con esto el solitario confuso de verse comparado a un hombrecillo de tan poca cuenta, y cayó en ella de que la perfección no está en azotes, ni en altas contemplaciones, sino en ajustarse el alma con la voluntad de su Señor Dios, sin cuidado de otra cosa criada. (Juan de los Angeles).

Laudetur Iesuschristus= alabado sea Jesucristo

INDICE

PRESENTACION 3
EL DESTINO FUTURO DEL HOMBRE 5
- Las tentaciones 6
- ¿De quién procede la tentación? 7
- La carne, el mundo y el demonio 9
- El pecado y los castigos de Dios 12
- El fin de nuestra vida es hacer la voluntad de Dios 14
- Nosotros existimos para cumplir la voluntad de Dios 16
- ¿Cómo conoceremos la voluntad de Dios? . .17
- ¿Qué hacer para que en nosotros triunfe la voluntad de Dios? 19
- ¿Cómo acatar la voluntad de Dios? 21
- Diversos ejemplos 24